

Discurso de contestación al anterior
por el Académico Numerario
Don Juan Gómez Crespo.

Autoridades y representaciones:

Srs. académicos e invitados:

Nuestra Academia se viste hoy de sus mejores galas, para dar la más cordial bienvenida, como Académico numerario, al Ilmo. Sr. don Vicente García Figueras, militar íntegro y escritor fecundo, que por muchos conceptos, ha prestado a las tareas académicas valiosos servicios, y confío esperanzado en que, Dios mediante, prosiga su eficaz contribución a los fines culturales a que viene dedicada nuestra Corporación desde hace más de siglo y medio.

De esa madurez intelectual de nuestro compañero, es muestra bien patente el interesante discurso que acabamos de oír, en el que presenta, de modo tan ameno y erudito, la actuación de un ilustre español en Egipto, en la primera mitad del pasado siglo, cuando este milenario país daba los primeros pasos en su moderna evolución, que le llevaría a ocupar un puesto de vanguardia en el despertar de los pueblos islámicos.

La elección del tema, que el Sr. García Figueras ha escogido para este solemne acto, no es casual. Responde a una bien probada vocación y dedicación por cuanto se refiere a las relaciones hispano-islámicas, como veremos más adelante, al examinar su copiosa producción bibliográfica e incluso destacados aspectos de su propia biografía.

Nacido el Sr. García Figueras en Jerez de la Frontera, en 22 de enero de 1898, después de haber cursado sus estudios de bachillerato en el Instituto de 2.^a enseñanza de esa noble e ilustre ciudad, tan ligada a la nuestra por vínculos fraternos, ingresó en 1915 en la Academia de Artillería de Segovia, eximio Cuerpo al que dedicaría de modo ininterrumpido sus mejores afanes, y en el que llegaría a la graduación de Coronel, como acredita suficientemente su brillante hoja de servicios.

Diplomado de Estado Mayor, desempeñó a lo largo de su vida militar, entre otros cargos, los de Jefe de Estado Mayor en Córdoba y

Ceuta y en la Capitanía General de Sevilla, y últimamente ocupó el cargo de Coronel Director de la Maestranza y Parque de Artillería de esa capital.

Mención especial debo hacer de los servicios que prestó en Marruecos, como Interventor Regional Jefe del Servicio de Información de la Delegación de Asuntos Indígenas, y de su actuación, durante nuestra guerra de Liberación, en Cádiz, donde obtendría la Medalla Militar colectiva, concedida a la guarnición de la invicta ciudad; en la conquista de Málaga, y en 1938, como Jefe de la 2.^a sección del Cuartel General del 2.º Cuerpo de Ejército, que tomó parte en las operaciones de ocupación de Los Blázquez, Peraleda de Saucejo, Castuera y comarca de la Serena hasta Zarza-Capilla.

En resumen, la actuación del Sr. García Figueras en el servicio militar activo, desde que en 1915 vistió el honroso uniforme del cuerpo de Artillería, hasta 1961, está jalonada por una serie ininterrumpida de valiosos servicios a la Patria, recompensados con numerosas distinciones nacionales, entre las que figuran varias cruces de Guerra y del Mérito Militar, medallas de la campaña de Marruecos y de la Guerra de Liberación, esta con distintivo de Vanguardia, Cruz y Placa de San Hermenegildo, y medallas de Africa y de la Cruz Roja.

También ha sido galardonado con la Orden de la Mehdauía, con la Cruz del Mérito Militar Italiana y con la Orden de la Corona de Italia. Pero, como en tantos otros casos, el noble ejercicio de las armas, que Cervantes, por boca de Don Quijote, en el famoso discurso de las armas y de las letras, enaltece como defensa y guarda de repúblicas, reinos y ciudades, no ha sido obstáculo para que el Sr. García Figueras haya mostrado una singular vocación por el cultivo de las letras, puesta de manifiesto en una extensa serie de artículos y estudios aparecidos en periódicos como "Diario de Cádiz", "Ayer" de Jerez, "ABC" de Sevilla, diario "Córdoba" y en revistas entre las que figuran "El Español", "Africa" y "Mauritania", estudios a los que me referiré con mayor detenimiento.

Expositor brillante y ameno, el Sr. García Figueras ha desarrollado también una amplia labor divulgadora como conferenciante. Destacaré en ese aspecto la conferencia que pronunció, en enero, de 1950 en las reuniones de estudio de los hombres de Acción Católica, como Director del Secretariado Castrense de dicha Asociación en Córdoba sobre el tema "El problema de Palestina"; la dada en 1953 sobre "Las incidencias militares de los últimos cien años", del ciclo organizado por el Círculo de la Amistad, de nuestra ciudad, con motivo de su primer centenario y la

que pronunció en el Centro Cultural de los Ejércitos de Sevilla en 1957, sobre el tema "El plan Eisenhower para Oriente Medio".

Tan destacada e ininterrumpida labor literaria hizo que nuestro compañero fuese llamado, muy pronto, para formar parte de diferentes academias y sociedades científicas, entre las que figuran la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias de Cádiz, en la que fué recibido como numerario en 1931; la Academia de San Dionisio de Jerez, a la que pertenece como correspondiente, y nuestra Academia, en la que fué designado correspondiente en mayo de 1948. Asimismo es colaborador de la Sociedad de Estudios Internacionales y del Instituto de Estudios Políticos de Madrid.

De modo especial me ocuparé de su actuación en nuestra capital, que conozco de modo directo, pues por haberme honrado con su amistad, tuve ocasión de valorar, no solo sus altas dotes intelectuales, si no también su sencillez y caballerosidad.

Académico correspondiente de nuestra corporación, se distinguió siempre por su asiduidad a las sesiones académicas, siendo numerosas y del mayor interés sus intervenciones en ellas, con estudios de su especialidad, entre los que debo destacar: "Datos sobre la batalla de Alcolea y ocupación de Córdoba por los franceses" y "Relaciones de España con el mundo árabe".

Electo numerario, desde 1950, su traslado de Córdoba motivó el aplazamiento de su recepción hasta este día.

Pero el Sr. García Figueras no limitó su labor cultural a la Academia, durante su estancia en nuestra ciudad. Incansablemente la extendió en otros aspectos, entre los que mencionaré su plausible intervención en los trabajos de conservación y restauración efectuados en el antiguo Alcázar cristiano, ocupado entonces por los Juzgados Militares, con anterioridad al rescate para la ciudad, de tan histórico edificio, por el Ayuntamiento presidido por don Antonio Cruz Conde.

Igualmente colaboró, en diversas ocasiones, en las tareas de extensión cultural del Instituto Nacional de Enseñanza Media, especialmente en el día de Africa, en 1953, y con una brillante explicación de la batalla de Alcolea en 1868, dada en el propio campo de operaciones, estudio hecho en equipo por los Srs. Puga y Ostos, de la División 21, bajo la dirección del Sr. García Figueras.

La extensa labor literaria de nuestro compañero está especialmente dirigida en torno al estudio de cuestiones geográfico-históricas de los países africanos y del mundo islámico y sus relaciones con España.

Destaquemos a este respecto, sus monografías: "Don Juan Victor

Abargues de Sostén, explorador de Abisinia"; "El jerezano Pedro de Estopiñán y Virués, conquistados de Melilla y Adelantado de Indias"; "El movimiento de emancipación del Congo belga"; Liberia, el Yemen, Irak, Pakistán y Transjordania.

A este género de estudios pertenece el discurso escogido por el señor García Figueras, para su recepción en nuestra Academia, en el que nos presenta la destacada actuación de un español en Egipto, en la primera mitad del siglo XIX.

Tema por demás sugestivo, este de las relaciones de España con los países del Norte de Africa y del Oriente Medio. Sabidos son de todos los íntimos contactos existentes, desde los tiempos prehistóricos, entre los pueblos ribereños del Mediterráneo, contactos que culminaron durante el dominio de Roma, que extendió su poder y su cultura por los países mediterráneos del Viejo Mundo: la romanización del Norte de Africa fue tan intensa que de ella salieron emperadores y figuras tan destacadas en el pensamiento cristiano y occidental como Tertuliano y San Agustín.

Un doble imperativo geográfico e histórico ha estimulado siempre estas relaciones de España con el Norte de Africa y países del Oriente Medio: la proximidad geográfica, particularmente con Marruecos, Argelia y Túnez, y las visitas de españoles a los Santos Lugares, situados en el Oriente Medio y en tan estrecha vecindad con Egipto.

Entre estos viajes realizados por españoles a los Santos Lugares, merece destacarse el que efectuó a primeros del siglo V la monja gallega Egeria o Eteria, que visitó Jerusalén, Belén, Hebrón, Galilea, la Tebaida y otros lugares de Egipto. El relato de este viaje, escrito por Egeria, para ilustrar sobre sus pormenores a sus hermanas en religión, con el título "Itinerarium ad loca sancta", fue editado en 1924 por Don Pascual Galindo, que afirmó "se trata de una fuente de primera categoría para la historia de la liturgia oriental y de la arqueología de los Santos Lugares, así como para el conocimiento de la vida monástica en Palestina y Asia Menor".

Igualmente se encontraba en Jerusalén a principio del mismo siglo, hacia el 415, el presbítero lusitano Paulo Orosio, que estuvo aproximadamente un año en Tierra Santa, al lado de San Jerónimo.

Pero la conquista árabe del Norte de Africa, y la expansión del Islamismo hasta el Atlántico, al romper la unidad cultural del antiguo Mare Nostrum, trajo una situación de constante lucha entre los países cristianos de Europa y los musulmanes de Asia y Africa. Como es sabido, el espectacular avance musulmán rebasó España, hasta ser detenido

en Poitiers (año 732), en el corazón de Francia, fecha fundamental en la historia del mundo, pues allí se pusieron frente a frente dos civilizaciones, y si bien la musulmana era entonces más brillante, carecía del impulso vital que, más adelante, caracterizaría a la civilización cristiana occidental.

Muestra elocuente de la implacable hostilidad que caracterizó las relaciones del Occidente cristiano con los pueblos islámicos, en estos siglos, fueron las Cruzadas, las famosas expediciones religioso-militares de los siglos XII y XIII, para la conquista de los Santos Lugares, que en ocasiones se dirigieron al Norte de Africa, y que si bien fracasaron en su aspecto militar, influyeron decisivamente en las relaciones de Oriente y Occidente, ya que los pueblos occidentales conocieron la existencia de gentes refinadas y poderosas más allá del Mediterráneo, despertando en los europeos un espíritu más ecuménico, pues, como dice Molinier, "animado con la convicción sencilla de que iba a combatir odiosos demonios, el cristiano se encontraba frente a frente con hombres como él, que vivían bajo un cielo delicioso, tan valerosos y frecuentemente tan nobles y caballerescos como él. Aprendió así, poco a poco, a estimar a sus enemigos, a reconocer que un musulmán, un perro infiel, podía ser hombre bueno y caballero valiente". En definitiva las Cruzadas realizaron fines de aproximación espiritual e intercambio de intereses muy diversos de los que se proponían, pero a la larga más fecundos y duraderos.

Pero además de la vecindad geográfica, el contacto de cristianos y musulmanes, prolongado en España durante los siglos medios, iba a crear entre ambos pueblos una comunidad cultural, de personalidad bien definida, y por encima de las discrepancias religiosas, en los frecuentes períodos de paz hubo entre ellos un trato tolerante, como se ha puesto de relieve al estudiar desapasionadamente tan importante cuestión.

Entre las más interesantes conclusiones a que ha llegado la escuela española de arabistas figura la comprobación de que, los llamados árabes españoles, eran en su mayoría españoles islamizados, pues según los cálculos más elevados los invasores no pasaron de treinta mil, la mayoría, según el "Ajbar Machmúa", bereberes y libertos, y sólo un número reducido de árabes. Por ello ha podido afirmar don Ramón Menéndez Pidal que "los musulmanes españoles del Califato cordobés eran en su gran mayoría españoles de raza". Así se explica que en los períodos de pacífica convivencia entre cristianos y musulmanes prevaleciera un espíritu de tolerancia, representado en el orden cultural por la escuela de Traductores de Toledo y por la de Alfonso el Sabio. Si

los árabes, fuera del cordobés Averroes (1126-98), no tuvieron ningún filósofo de relieve, en cambio hicieron el gran servicio de traducir y cimentar a los grandes maestros de la filosofía griega, y por las obras traducidas en España, del árabe al latín, conoció la Europa Occidental el pensamiento griego y la cultura oriental. La trascendencia de este influjo quedó patente cuando Asín Palacios puso de relieve las huellas de los musulmanes españoles en la obra de Dante e incluso en Santo Tomás, y hoy se admite como un hecho indudable la honda repercusión del averroísmo en la filosofía escolástica.

Por todo ello hay que concluir que, junto a la vocación europea de España, representada en los últimos siglos medievales, por el triunfo del gótico en las artes plásticas, se destaque una constante oriental, latente siempre en nuestra historia, representada por el mudejarismo, que con Alfonso XI, Pedro el Cruel y los Trastámaras tuvo una pujanza considerable. Recordemos a Enrique IV de Castilla, que viste a la morisca, se rodea de una guardia de moros y recibe al barón de Rosenthal sentado en el suelo, sobre una alfombra, a usanza musulmana.

El franciscanismo, la más elevada expresión del ideal cristiano en el siglo XIII, comenzó a mitigar el secular antagonismo entre cristianismo e Islam. Figura bien representativa de este movimiento fue la del mallorquín Raimundo Lulio, vigorosa figura de caballero y místico, que adquiere singular relieve por sus certeros puntos de vista para la conversión de los musulmanes.

Don Julián Ribera considera a Lulio como una especie de sufí o marabut cristiano, comparándolo con el místico murciano Abenarabi. Como ellos predicaba por campos y ciudades y trataba de hacer asequible al pueblo los más intrincados misterios de la filosofía y de la mística. Otro punto de contacto es el empleo de símbolos geométricos para explicar su filosofía y, al igual que Abenarabi recorrió muchos países, disputó con sabios y ermitaños musulmanes, con la esperanza de convertirlos, y siempre habló de ellos con estimación.

El espíritu vehemente de Lulio está obsesionado con la gran empresa de llevar a la Iglesia las almas de los infieles, y para el logro de sus objetivos no vacila en recorrer los países mediterráneos, de Mallorca a Perpiñán, de Roma a Marruecos, de Egipto a Etiopía.

Estas correrías le llevan a Tierra Santa. De su visita conserva un amargo recuerdo, que expone en su libro "De fine". "Muchas veces, dice, yo, durante mi estancia en Roma, estuve delante del altar del bienaventurado San Pedro; yo le ví muy adornado y tachonado con una gran profusión de luces, y ví al señor Papa asistido de muchos

Cardenales, celebrar misa pontifical, y oí un coro canoro celebrando en alta voz las glorias de Nuestro Señor Jesucristo. Pero hay otro altar, que es el ejemplar prototípico de todos los otros altares, y cuando yo le ví, delante de él ardían sólo dos lámparas, y una de ellas estaba rota”.

Su espíritu multiforme le lleva a concebir empresas con los métodos más dispares. En Montpellier se entrevista con el rey de Mallorca, al que propone la fundación de un monasterio en el que pudieran vivir trece frailes menores, que aprendiesen la lengua morisca, para dedicarse a la conversión de los infieles. Este fue el origen del colegio de Miramar, precedente del actual de “Propaganda Fide”, en tres centurias y media.

En sus escritos expone minuciosamente su penamiento respecto a los métodos a seguir, claro anticipo de los modernos métodos misionales. Para Lulio la conquista de Tierra Santa no debe hacerse por la fuerza de las armas, si no que se debe conquistar con amor y con oraciones. Pero también, en su santa impaciencia por el rescate de los Santos Lugares, propone a Jaime II de Mallorca una nueva Cruzada, a cuyo fin escribe su tratado “De expugnatione Terrae Sanctae”. Su ardor apostólico le llevó una vez más a Africa, sellando con su sangre su gran ilusión de convertir a los infieles.

Por lo que se refiere a la política de los reinos peninsulares con el Norte de Africa, a fines de la Edad Media, mientras Portugal y Castilla continúan la tradicional política de hostilidad, tal como se recoge en el testamento de Isabel la Católica, cuando encarga a sus herederos “que no cesen de la conquista de Africa e de pugar por la fe contra los infieles”, Aragón, en cambio, mantenía con el Africa mediterránea relaciones comerciales, dirigidas por los llamados “cónsules de catalanes”. Otro aspecto de la política aragonesa es la intervención de sus monarcas en la protección a los Santos Lugares, pues desde la anexión de Sicilia por Pedro III el Grande, en 1282, e hacen llamar reyes de Jerusalén, título que ostentaba la casa real siciliana, de la que se consideraban herederos.

Pedro IV, al igual que los monarcas de Sicilia, protege eficazmente a los franciscanos establecidos en Tierra Santa, reedifica diversos santuarios, y enterado de que los religiosos eran perseguidos, escribe de su propio puño al Sultán y encarga a su cónsul de Alejandría que presente la carta en persona, “porque mucho nos urge, dice, que esos Padres, que deseamos sean tratados como nuestros capellanes, sean preservados de cualquier injuria y gravamen”.

La conquista de Granada iba a dar lugar a una interesante emba-

jada de los Reyes Católicos a Egipto, gobernado desde el siglo XIII por los mamelucos, que además extendían sus dominios por Siria y por las ciudades santas de La Meca y Medina.

En 1489, durante el sitio de Baza, se presentaron en la corte unos frailes franciscanos, al parecer como embajadores del Sultán de Egipto, que excitado por granadinos expatriados, había mandado derribar algunos templos cristianos de Jerusalén, con lo que el Sultán parecía actuar como protector de los musulmanes españoles.

Los Reyes Católicos envían como Embajador ante el Sultán al humanista italiano, al servicio de los monarcas españoles, Pedro Mártir de Angleria, que en sus cartas (*Opus epistolarum*) y en su escrito "Legatio Babilónica", da curiosos pormenores de su viaje y describe las ciudades, monumentos y costumbres de los países que recorre.

"La finalidad de esta embajada, dice don Antonio de la Torre, era conseguir del Sultán la anulación de las órdenes dadas contra los templos de Jerusalén y los peregrinos que iban a los Santos Lugares, a consecuencia de las quejas y reclamaciones de los judíos y granadinos emigrados".

Angleria salió de Granada en agosto de 1502, se dirigió a Venecia, escala obligada en los viajes a Oriente, y en diciembre de aquel año estaba en Alejandría. Allí tuvo como auxiliares más eficaces a Felipe le Parets, lugarteniente del cónsul de catalanes de Alejandría, y al truchimán del Sultán, Tangaribardino, hijo de Luis Prats, ciudadano de Valencia, cautivo en su juventud, que se había hecho renegado y llegó a ser truchimán general, cargo equivalente a intérprete e introductor de embajadores.

Los judíos españoles y musulmanes granadinos y emigrados habían formado un ambiente hostil al emisario de los monarcas españoles, hasta el extremo que el Sultán se negó a recibirlo, y sólo accedió cuando Angleria y el truchimán le hicieron comprender los peligros de romper con unos monarcas tan poderosos como los españoles, en unos momentos en que sus dominios eran amenazados por el avance turco.

Pero el Sultán acabó recibiendo a Angleria y accedió a sus demandas para que permitiera restaurar los santuarios cristianos y que no se molestara a los peregrinos.

Un abigarrado mundo de renegados, comerciantes, cautivos y corsarios siguen interviniendo en estas relaciones de cristianos e infieles, a las que, entre otros, hace referencia en sus obras el famoso y desventurado Miguel Cervantes que, como es sabido, después de su participación

en la feliz jornada de Lepanto, estuvo cautivo en Argel durante varios años.

El patriarca de la investigación histórica cordobesa, don José de la Torre, publicó en el Boletín de la Academia un interesante estudio que constituye una curiosa faceta de estas relaciones entre cristianos e infieles. Se refiere a un renegado cordobés, Solimán del Pozo, hijo de un cristiano y de una berberisca, que debió huir a Africa o ser cogido prisionero. Fernando del Pozo, que tal era el nombre de pila del renegado, fué jefe de la guardia personal de Abdelmalic, que se enfrentó al rey portugués don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir, donde el monarca lusitano fué derrotado y muerto, junto con lo más florido de la nobleza portuguesa. También el Sultán marroquí murió en su litera, en pleno combate, pero Solimán del Pozo ocultó su muerte y se hizo cargo del mando, para evitar la desmoralización de las tropas musulmanas.

El siglo XVI, con el reinado de Solimán el Magnífico, marca el momento culminante del poderío de los turcos otomanos, que en 1453 se habían apoderado de Constantinopla, acabando así con el imperio bizantino, que en medio de increíbles vicisitudes, prolongó el imperio romano de Oriente durante toda la Edad Media. Mahomet II, el conquistador de la fabulosa ciudad, la convirtió, con el nombre de Estambul, en la capital del Imperio otomano, y más adelante lo sería también del mundo islámico.

El Sultán Selín, tras derrotar a los persas dirige su atención sobre Egipto, país gobernado, como ya hemos visto, por los mamelucos, que inicialmente fueron un grupo de esclavos, y acabaron convirtiéndose en dueños del país, formando una aristocracia militar compuesta de unos miles de hombres de caballería, que mantenían su número y predominio por el tradicional método de comprar niños, primero turcos y después cristianos, a los que educaban debidamente para ese cometido.

Con las sucesivas victorias de Selín sobre los mamelucos, primero en Alepo (1516) y al año siguiente en Ridania, caen en poder de los turcos, Siria y Palestina, con las ciudades santas de Medina y la Meca, y luego Egipto.

El peligro turco se hizo, por consiguiente, cada vez más amenazador para los países cristianos del Mediterráneo, sobre todo cuando el corsario Khairreddin Barbarroja, entra al servicio de los turcos y se apodera de Túnez, cuyo rey era vasallo de España, con lo que los dominios mediterráneos españoles quedaban totalmente amenazados por los turcos y sus aliados.

Entonces Carlos V, con una poderosa escuadra que salió de Barce-

lona, realiza su famosa expedición a Túnez (1535), conquistando la ciudad y reponiendo en el trono a su vasallo. En cambio resultó adversa su expedición a Argel, de 1541.

Cuando la sublevación de los moriscos en la Alpujarra (1568-1571), en el reinado de Felipe II, los sublevados enviaron al sultán turco una comisión en petición de ayuda, que fué bien recibida. Por otra parte, las amenazas turcas contra la isla de Chipre, que era de Venecia, determinan la formación de la Liga Santa, en la que entraron el Pontífice, España y Venecia, que obtendría sobre los turcos la famosa victoria de Lepanto (1571), pero sus resultados serían bien precarios por la desunión de los aliados, hasta el extremo que en 1573 Venecia tuvo que renunciar a Chipre, y al siguiente año perdió España Túnez, reconquistada por la escuadra turca, rehecha en poco más de un año, lo que puso de manifiesto que el Imperio turco conservaba su poderío.

Sin embargo esta pujanza turca iba a ser efímera, pues desde últimos del siglo XVI se inicia su decadencia. Mientras tanto habían ido cambiando las relaciones de los países cristianos con los infieles: Francisco I de Francia, Isabel 1.^a de Inglaterra y Holanda, desde 1612, establecen relaciones con los turcos, y solo España y el Pontificado mantienen la tradicional política de hostilidad, hasta el siglo XVIII, en que definitivamente se abandona el ideal de la Cruzada.

Recordemos a este respecto las amistosas relaciones de Carlos III con el sultán de Marruecos y su tratado de paz con Turquía y Argel de 1786.

Al reinado de Carlos IV pertenecen el abandono de Orán y Mazalquivir y el tratado con Marruecos de 1799. En 1802 se inició el viaje a Marruecos del famoso Domingo Badía Leblich, que se hacía pasar por el príncipe Alí Bey el Abbasí, que por encargo de Godoy desembarcó en Tanger y recorrió el imperio marroquí, siendo recibido cordialmente por el Sultán.

En el siglo XVIII tanto Rusia, como Austria y Hungría acentúan su expansión a costa de los territorios turcos, pero, todavía a principios del siglo XIX, el imperio otomano, aunque muy debilitado, era inmenso, pues comprendía, en Europa, toda la península de los Balcanes; en Asia, Anatolia, Siria, Mesopotamia y Arabia, y en Africa, Egipto y Tripolitania, con lo que contaba en su territorio ciudades tan importantes como Constantinopla, Damasco, Bagdad, Alejandría y El Cairo, y las ciudades santas de Medina y La Meca.

Sin embargo, el progresivo debilitamiento de los turcos iba a provocar la llamada cuestión de Oriente, que tanto perturbó la política europea contemporánea, y en la que actuaban dos factores perfectamente dife-

renciados: de un lado, la tendencia de los países cristianos, sojuzgados por los otomanos, a librarse de su dominio y hacerse independientes, de acuerdo con el principio de las nacionalidades; de otro, por las apetencias de Austria-Hungría y Rusia a expansionarse por esos territorios.

El imperialismo de la Rusia de los zares, tenía como objetivo básico apoderarse de la "herencia del hombre enfermo", como se decía de Turquía, para instalarse en Constantinopla, vieja aspiración rusa, que contó con la oposición de Francia e Inglaterra.

En esta situación se desarrolla la tarea de Mohamed Alí, bajá de los turcos en Egipto, que en dos guerras victoriosas contra Turquía, en 1831 y 1839, haría a Egipto independiente del Imperio turco, y echó las bases de la ingente tarea que transformó a este país en el adelantado de los países árabes.

Como destaca acertadamente en su discurso el señor García Figueras, si bien fueron los franceses los que iniciaron el moderno desarrollo de Egipto, primero con la expedición napoleónica, que acometió el estudio científico de este país, y más tarde con la construcción del canal de Suez, que tanto contribuiría a su desarrollo económico y a acrecentar su valor geopolítico, fueron los ingleses los que a la postre supieron recoger lo que los franceses habían sembrado, y acabaron por ocupar, con variados pretextos, el país del Nilo.

Así surgiría el famoso proyecto del ferrocarril el Cairo-el Cabo, todo él por territorio británico. El famoso incidente de Fachoda (1898) fué el momento álgido de la tensión franco-inglesa en tierras del Nilo. La guerra entre ambos países europeos estuvo muy cercana, pero los franceses optaron por dejar el campo libre a sus rivales, a cambio de compensaciones en Marruecos.

Pero el despertar de la conciencia nacional en el moderno Egipto, se haría incompatible con la dependencia extranjera. En este sentido el ejército egipcio, como indica el Sr. García Figueras, fué un factor fundamental de esa transformación nacional, para lograr la total independencia del país. De ahí la importancia de la obra de Mohamed Alí, al dotar a Egipto de un ejército eficaz, y para lograr su objetivo no vaciló en aceptar la colaboración de extranjeros, como vemos sucedió con el español Sequera Carvajal.

La vida del granadino don Antonio Sequera Carvajal, tal como nos la ha presentado el Sr. García Figueras, es un fiel reflejo de las vicisitudes de muchos españoles al principio del siglo XIX. De familia noble, ganado como tantos otros por el ideario liberal, diputado en las Cortes del trienio constitucional, tuvo que expatriarse cuando la intervención

francesa de los Cien mil hijos de San Luis, temeroso de la reacción fernandina, para buscar asilo en el extranjero durante largos años.

Al pensar en los azares de que, lógicamente, tuvo que estar llena su vida de emigrado, viene a mi recuerdo la vida de un cordobés ilustre, coetáneo suyo, con el que seguramente estuvo relacionado, y en el que también vosotros habreis pensado. Me refiero a don Angel de Saavedra, luego duque de Rivas, el ilustre poeta y dramaturgo romántico.

Ambos eran andaluces, de noble estirpe, diputados en el trienio liberal y estuvieron durante sus años de emigración en Londres y en la isla de Malta, cuyo faro esperanzador inspiró al duque, una de sus más bellas composiciones.

Recuerdo que hace unos años don Antonio Rumeu publicó un estudio sobre la Obra dedicada por don Angel de Saavedra a Fernando VII y refiere que el monarca excluía sistemáticamente de sus amnistías al luego duque de Rivas, por estimar que no merecía perdón un liberal perteneciente a la nobleza, hijo y hermano de un Grande de España.

Don Antonio Alcalá Galiano, otro aristócrata ganado por el ideario liberal, que tanto influyó en la vida de don Angel de Saavedra nos cuenta en sus "Memorias" y en los "Recuerdos de un anciano" curiosos detalles de sus once años de emigración, desde 1823 hasta 1833, en que murió Fernando VII.

Describe su salida precipitada de Cádiz, en una pequeña embarcación, precisamente en unión del luego duque de Rivas, su estancia en Gibraltar y después el penoso viaje hasta Inglaterra, en un barco insuficiente y falto de condiciones. Asegura que fueron recibidos por el público con extremado favor y elogio, repetidas veces, la generosa ayuda inglesa a los expatriados. También refleja su constante esperanza de volver a la patria, ilusionados en múltiples conspiraciones, la mayoría de ellas infundadas.

Refiere la banderías y rencillas, que no faltaron entre los expatriados, dadas sus distintas tendencias y nuestro innato particularismo, y fustiga su desidia, hasta el extremo de que la gran mayoría, no solo no se molestaron por conocer la cultura inglesa, si no que ni se preocuparon de aprender el inglés, pues como radicaban en un mismo barrio, se limitaban a entenderse con sus compatriotas.

Don Gregorio Marañón, en su conferencia "Influencia de Francia en la política española a través de los emigrados", calcula en unos 20.000 los emigrados españoles en esos años, y asegura que los liberales templados quedaron en Francia, y los más exaltados, obligados por el gobierno francés, al que presionaba el de Madrid, pasaron a Inglaterra, hasta que,

instaurada la monarquía liberal de Luis Felipe, en 1830, volvieron casi todos a Francia.

En su opinión, salvo un grupo de exaltados revanchistas que siguieron inmovibles en su sectarismo, estima que la aportación de estos emigrados fué favorable, tanto en literatura, al impulsar el movimiento romántico, como en su actuación política, pues al contacto con otros tipos de vidas más ecuánimes, vinieron cargados de una experiencia que les sería muy provechosa en los cargos políticos que desempeñaron.

Y nada más. Solo me resta pedirles indulgencia por haberme extendido, tal vez con exceso, en las variadas facetas históricas que presenta el discurso del Sr. García Figueras, y congratularme, con todos, de que nuestra Academia cuente con un nuevo numerario, en el que concurren tantos títulos y merecimientos, y las mejores esperanzas de una eficaz colaboración en bien de la cultura.